

esto la mano de Dios, se veían ladrones y mujeres disolutas. A la cabeza de cada peloton llevaban un ganso y una cabra, porque estos animales, mucho mas segun las antiguas ideas paganas que segun las cristianas, llenos de espíritu divino podrian enseñar mejor el camino verdadero. El país llano fué saqueado en todas direcciones, y estalló una espantosa insurrección contra los judíos, una persecución por tanto de los enemigos natos de Jesucristo. En la Lorena especialmente, en las orillas del Rhin y en la Bohemia fueron asesinados los judíos, sus bienes entregados al pillaje y sus sinagogas destruidas, á pesar de los obispos que se esforzaban por salvar á los desgraciados.

Un tal Volkmar fué el primero que reunió una turba de esta especie y se dirigió con ella á la Hungría pasando por Sajonia y Bohemia; pero allí encontró en los habitantes del país enérgica resistencia, y despues de haber sido muertos ó hechos prisioneros la mayor parte de los peregrinos, los restantes se destruyeron mutuamente de un modo horroroso.

Una cosa parecida sucedió á otro grupo que el sacerdote rhiniano Gottschalk llevó á Hungría pasando por Baviera y Austria cometiendo terribles actos de violencia: los húngaros se arrojaron furiosos contra los asesinos é incendiarios y los destrozaron por completo.

La misma suerte cupo á la tercera y mayor de estas turbas, que se componia de franceses, flamencos, ingleses, y alemanes, en número de 200,000 hombres (1), mandados en primer término por dos magnates feroces y crueles, el vizconde de Melun y el conde Emich de Leiningen. Estos peregrinos se creyeron en abierta lucha con los húngaros, y comenzaron por sitiar la plaza fuerte de Wieselburgo. El inteligente rey de Hungría, Coloman, defendió obstinadamente la ciudad, pero desesperaba de poder prolongar mucho la resistencia contra el fanático valor de los enemigos, cuando cesaron de una vez los ataques y los peregrinos se dispersaron tumultuosamente en precipitada fuga. En medio de la lucha se apoderó de ellos un pánico incomprendible é incontrastable: no pensaron mas que en salvar la vida; pero en su mayor parte fueron deshechos por los húngaros que les iban al alcance; pocos volvieron sanos y salvos á su patria, ó se reunieron despues con el grueso del ejército cruzado.

Tampoco Pedro de Amiens con su séquito pudo escapar en definitiva de la desgracia en la cual sucumbieron aquellas turbas. Llegado que hubo á Constantinopla, le fué otorgada una audiencia por el emperador Alejo, el cual le manifestó que sus tropas eran poco á propósito para triunfar de los seldyucidas y que por lo tanto habia que aguardar la llegada de ulteriores refuerzos y de mejores soldados. Pedro fué bastante cuerdo para aceptar este consejo, y prometió esperar junto á Constantinopla con tranquilidad y orden hasta la llegada de mayores ejércitos, si contaba con víveres necesarios; pero no estaba en situacion de cumplir su palabra. En cuanto á sus gentes, unos, arrastrados por el deseo siempre creciente de robar, se arrojaron sobre los tesoros de la gran ciudad, ante cuyos muros estaban acampados; otros se quejaron de que era impío entretenerse tanto tiempo en las delicias mundanas y pidieron continuar el camino al Santo Sepulcro y salvar la fe cristiana. Además, el emperador Alejo se arrepintió muy pronto del buen consejo que habia dado á aquellos, por todo extremo, incómodos huéspedes, y hasta les instó vivamente á que continuasen su marcha; por cuya razon Pedro se vió obligado despues de algun tiempo á pasar el Bósforo y avanzar hasta los límites de los domi-

(1) Es difícil precisar el número, el cual solo indica que allí se reunió una inmensa multitud de hombres.

nios cristianos (2). Sin embargo procuró contener la destrucción que amenazaba á las cercanías, para lo cual en union de sus propias gentes, y de Walter el Pobre y su mermado ejército, y algunos pelotones italianos, que se habian unido á los últimos en el camino, en una palabra, con todos los peregrinos que habian llegado con felicidad á Constantinopla, estableció un campamento en la costa meridional de la Propóntide junto á Civitot, la Helenópolis de los griegos, y permaneció en él largo tiempo (3). A pesar de esto, la indisciplina y un celo inmoderado atrajeron la catástrofe: primero fueron saqueados los alrededores del campamento; despues se hicieron otras excursiones, principalmente por algunos miles de franceses, los cuales avanzaron hasta Nicea y volvieron orgullosos con rico botín. Irritáronse con esto alemanes é italianos, y exigieron que se les condujese á igual fortuna. Pedro perdió en estos vaivenes el resto de su autoridad y lleno de pesadumbre y de dolor se volvió á Constantinopla.

Pero los alemanes se pusieron en marcha; llegaron hasta Xerigordon, plaza fuerte, aunque abandonada por la guarnicion, situada probablemente no lejos de Nicea, y tomaron posesion de ella. Poco despues se presentó un ejército seldyucida, los encerró en el lugar y les cortó las aguas potables. Durante algunos dias soportaron los tormentos de la sed; al fin una parte de ellos se pasó á los enemigos, los cuales con pequeño esfuerzo acabaron con los restantes, ya medio desfallecidos. Los relatos de estas luchas llegaron hasta el campamento principal de los peregrinos y excitaron en él un terrible deseo de pelear. En vano trataron los jefes de calmarlos: el campamento fué abandonado, y marcharon un trecho avanzando hácia Nicea, hasta que tropezaron con los seldyucidas, que se habian preparado bien para un encuentro decisivo, en el cual perecieron Walter el Pobre y todos los hombres importantes que quedaban aun: el resto de la tropa fué dispersado y perseguido en la huida, y los pelotones que volvieron á ganar la antigua posicion, fueron de nuevo atacados y destruidos. Los miseros restos de este ejército fueron recogidos en la costa por la escuadra bizantina y vueltos á Constantinopla, donde los infelices vendieron sus armas y en estado lastimoso y pobre se diseminaron por todas partes (octubre de 1096).

De tan lamentable manera se desarrolló y terminó el primer levantamiento general de los cristianos contra el islamismo. Merced á él quedó Europa libre de mucha gente de mal vivir; pero lo mas sensible fué que muchos miles de robustos campesinos, que formaron el núcleo de todas aquellas masas, pereciesen víctimas de su ciego entusiasmo, á causa de la falta de buena direccion por parte de los jefes superiores. No se puede determinar con exactitud el número de los que resultaron muertos por los enemigos ó hechos prisioneros, ni de los que volvieron pobres y enfermos de resultados del viaje; pero por los datos que poseemos, puede afirmarse que perecieron á la sazón de ciento á doscientos mil hombres por lo menos. Pero ¿á quién se debe culpar de esto? El papa Urbano fué causa ocasional de esta terrible

(2) Hagenmeyer, Pedro el Ermitaño, pág. 175 y sig., opina, que Alejo mandó desde un principio al ejército de peregrinos, que se situase en el Bósforo; y que su sensato consejo de no arriesgar batalla alguna con los seldyucidas antes de la llegada de mejores tropas, dió por resultado la pacífica permanencia de los occidentales en el litoral asiático. La opinion preferida por nosotros en el texto se atiende mas estrictamente á las fuentes; pero la diferencia entre ambos juicios no es importante.

(3) En la tan debatida cuestion sobre la situacion de Civitot, yo me decidí por Helenópolis, la actual Hersek al Noroeste de Nicea, y no por Kemlik (Cius) al Oeste de Nicea. Véase Hagenmeyer, Pedro el Ermitaño, páginas 179 y siguientes.

derrota, cuando en el concilio de Clermont se dirigió con preferencia al sentimiento ascético-místico de sus oyentes, en lugar de preparar la guerra contra el islamismo formando un plan de hombre de Estado. Sin embargo, no hay en esto verdadera culpabilidad, pues que el papa como la inmensa mayoría de sus contemporáneos estaba enteramente imbuido en los mismos sentimientos. Además no hubiera sido posible despertar por todas partes tan ardiente entusiasmo por la guerra santa, sin hacer un llamamiento al fervor religioso, que vivía en los pueblos del Occidente desde España hasta Noruega. Por último, detrás de las desgraciadas masas de labradores se levantaban á la sazón los príncipes y los caballeros, los cuales al lado de todo el fuego de su sentimiento religioso tenian tambien los ojos abiertos á las cosas de este mundo.

#### EL GRAN EJÉRCITO CRUZADO

Un dia, despues de su gran predicacion de la Cruzada, recibió el papa Urbano en Clermont la noticia de que Raimundo de Saint Gilles, conde de Tolosa y margrave de Provenza, queria tomar parte en la campaña contra los infieles. Este Raimundo era inmensamente rico, tenia ideas ferrosamente religiosas y ardía en deseos de pelear por ellas; además era muy propenso á la envidia y á la emulacion, y lo fué sobre todo mas adelante, cuando encontró hábiles y fuertes rivales en el proyecto de hacer conquistas para su propia persona en Oriente (1). Cerca de un año entero estuvo trabajando en hacer preparativos para la guerra, ya inminente, sino que tambien se incorporaron á su comitiva en su mayoría. Hasta muchos obispos, entre ellos el Legado del Papa, engrosaron con numeroso séquito las filas del ejército, que se reunió bajo las banderas de Raimundo en el otoño de 1096.

Mientras tanto, la nobleza del Centro y Norte de Francia se habia puesto sobre las armas y agrupado alrededor de eminentes jefes, provincia por provincia. Entre estos jefes merece especial mencion desde luego el conde Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe, valiente caballero, en todo el vigor de los años, á quien por su elevada alcurnia muchos miraban ya como el futuro soberano del Oriente; sin embargo se fué mostrando poco á poco de un espíritu y carácter demasiado vulgares, para poder alcanzar una corona. A su lado el conde Estéban de Blois y de Chartres se distinguió tanto desde un principio por sus riquezas, generosidad y dignidad, que los demás príncipes le eligieron por jefe supremo del ejército en Asia; pero al fin adquirió muy mala fama por su vanidad é inconstancia. Mejor hombre fué el duque Roberto de Normandia; por lo menos, cuando probó su origen normando con su constante deseo de luchar. En lo demás, tampoco puede decirse nada bueno de él, porque, ávido de muelles placeres, era inaccesible á mas altas aspiraciones. En su país tuvo que sufrir violentos ataques por parte de sus hermanos Guillermo II rey de Inglaterra y el príncipe Enrique, así como tambien de la altiva nobleza de su territorio. Por esta razon el llamamiento para una cruzada se le presentó como una ocasion apetecida de poder volver la espalda á tan molesta situacion. Sin recursos, como estaba, con ligereza sin igual, hipotecó en seguida todo su territorio al rey Guillermo en 10,000 marcos de plata, equipó su gente y vió con alegría como gran número de magnates normandos é

(1) Antes de salir de su país, Raimundo hizo voto de no volver jamás á él: de todos modos poco despues hizo todos los esfuerzos posibles para adquirir un nuevo principado en Oriente.

ingleses se ponian confiados bajo su direccion. Finalmente el conde Roberto II de Flandes, hijo de un antiguo peregrino de Jerusalem, llamado el conde Roberto de Frisia, á pesar de varias desgracias que tuvo en su país, fué bastante rico y poderoso para reunir un ejército respetable; sin embargo tenia poca capacidad para la direccion de las tropas, siendo únicamente muy hábil para manejar la espada y la lanza con no comun valor.

Los preparativos se extendieron desde Francia hasta el imperio alemán; pero aquí el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bullon, tuvo mas fuerza atractiva entre los círculos de la nobleza que el conde Roberto. Los padres de Godofredo fueron Eustaquio conde de Boulogne, é Ida, hermana del duque de la Baja Lorena Godofredo el Jorobado, el fiel amigo del emperador Enrique IV. Sus padres hacian remontar su linaje hasta Cárlo-Magno. Su tío puso todo su afecto en el joven sobrino y le instituyó por heredero. Además de esto, el emperador Enrique le hizo donacion de la Marca de Amberes, le elevó despues (1089) á la categoria de duque de la Baja Lorena, y de este modo se reunieron en Godofredo la mas esclarecida alcurnia, considerables riquezas, y la importancia de una de las mas altas dignidades del imperio, cosas todas que le aseguraban una elevada posicion, en la cual demostró constantemente que era un esforzado caballero, piadoso, valiente y activo en los pequeños negocios en que su propio interés se ponía en juego; por el contrario, en lo concerniente á las grandes controversias de la época, especialmente en la lucha sostenida entre el emperador y el Papa, no se mezcló para nada. Cuando llegó hasta él la noticia de la cruzada, obtuvo permiso del emperador para tomar parte en ella, hipotecó una parte de sus propiedades, y auxiliado por sus parientes y con el apoyo de los loreses y de algunos alemanes de la derecha del Rhin, reunió un poderoso ejército.

Desde entonces, Godofredo fué siempre uno de los mas importantes príncipes cruzados, y aventajó á muchos de sus compañeros por su mérito personal y por su poder. La leyenda añadió despues otras muchas cosas; así, cuando alcanzó los mas altos honores en Jerusalem, á la conclusion de la Cruzada, quiso la ardiente fantasia de los contemporáneos, que se adornara la prehistoria del héroe con todo el ornato y brillo posibles. Por esta razon se hizo remontar su linaje al mas ideal modelo de la noble caballería, á los llamados caballeros del Cisne, del cual hablaban en especial las leyendas de la Lorena; por esto el gran porvenir del hijo fué anunciado de antemano por su madre, y él mismo llevó á cabo en todos sentidos altos y maravillosos hechos, protegiendo la inocencia, aniquilando á Rodolfo, pseudo-rey de los campos del Rhin, y tomando por asalto á Roma en servicio de su emperador. De este modo estaba él preparado y llamado por Dios para ser verdadero jefe de la cristiandad, para el felicísimo objeto de libertar el Santo Sepulcro.

Todo esto pertenece á la leyenda. La importancia de Godofredo en las Cruzadas estriba únicamente en las circunstancias arriba expuestas, y nunca llegó á tanto, que se le pudiese considerar como jefe supremo del ejército entero. Solo hay que observar, que el duque tuvo la fortuna de poder salir á campaña en union de muchos que en parte eran parientes y amigos y en parte muy adictos á su persona. De los dos hermanos que le acompañaron, el uno, Eustaquio, fué, por lo que nosotros sabemos, un valiente caballero; pero el otro, Balduino, se distinguió mucho mas. De gran estatura, de imponente presencia, y de ardiente entusiasmo por las empresas



Godofredo de Bullon. Facsimile tomado del códice *De passagiis in Terram sanctam* (Venecia).

atrevidas, representó un importante papel casi desde el principio de la cruzada y llevó con honor la corona del reino de Jerusalen algunos años despues. También un sobrino de Godofredo, Balduino el Joven, hijo del conde Hugo de Rhetel, está comprendido en este círculo esencial de familia, aun cuando no tomó parte en la cruzada bajo las banderas loresas. Despues del fallecimiento de Balduino, sucedió á este en el trono de Jerusalen, y adquirió en él no menores merecimientos que sus antecesores.

Mientras que Francia y una parte de Alemania se preparaban para la guerra santa, Italia no se quedó atrás, y aquí se presenta en escena el príncipe que había de ejercer mas influencia que todos los demás en la formación de la cruzada: Boemundo, el hijo mayor de Roberto Guiscardo. Este normando contaba ya á la sazón una vida llena de peripecias. Su padre estuvo casado dos veces, primero con una dama de su parentela, Alberada, y despues con la bella y heroica princesa Sigelgaita de Salerno. Boemundo, hijo de la menos distinguida Alberada, pudo representar un gran papel á la sazón, á pesar de Sigelgaita y de su hijo Roger,



Boemundo. Facsimile tomado del códice *De passagijs in Terram Sanctam* (Venecia).

mientras vivió Roberto Guiscardo; sobre todo en aquella gran guerra con el emperador (1081-1085) fué por algun tiempo el jefe superior del ejército normando en el imperio bizantino. Pero despues que murió su padre, tras de inútil resistencia, tuvo que abandonar á su hermano la preponderancia en el Sur de Italia, y contentarse con el insignificante principado de Otranto: su pensamiento, no obstante, estaba puesto en cosas mas altas. Sentía dentro de sí fuerza para conquistar en lejanas tierras tesoros y países, á semejanza de sus abuelos; su férreo cuerpo era á propósito para esta clase de fatigas; en valor temerario no iba en zaga á ninguno de sus compañeros, y en la fría y clara comprensión de los asuntos del mundo los sobrepujó á todos.

Desde los primeros tiempos, con motivo de la guerra que había hecho contra Bizancio, se fijaron sus miras en el Oriente, y despues la correspondencia y el trato con los comerciantes italianos, sobre todo con los ciudadanos de Amalfi, alimentaron y desarrollaron en él esta tendencia. Conocía la situación de los príncipes y pueblos, ciudades y reinos de aquellas tierras, y con arreglo á este conocimiento tomó sus disposiciones. Cuando la cruzada puso en movimiento á la cristiandad romana, comprendió que había llegado su hora, y solo vió con pena que por sí no poseía recursos suficientes para poner en campaña un gran ejército: pero aun en este asunto encontró pronta salida; pues cuando algunos grupos de cruzados, procedentes del Norte, llegaron á la Italia meridional, y cuando acá y allá, en las cercanías de su territorio, se excitaba el deseo de tomar parte en la guerra santa, entró en negociaciones unas veces con este grupo, otra con aquel señor y logró que muchos se pusieran á sus órdenes. Cuando despues una violenta desavenencia ocurrida entre los amalfitanos y los normandos, produjo la reunion de todos los príncipes de los últimos para pelear contra la poderosa ciudad, en ocasion en que escuchaban los caballeros con viva atención los relatos del movimiento de la cruzada que crecía por todas partes, Boemundo se presentó un día en la asamblea, lanzando el grito ya conocido de: «¡Dios lo quiere! Cuando el mundo entero se levanta, no pienso yo permanecer ocioso: yo marchó. ¿Quién de vosotros, señores, toma conmigo la Cruz del Salvador y me sigue á pelear por Cristo?» Estas palabras fueron como la chispa en la mina: se avalanzaron en compactos pelotones á recibir el signo de la Cruz,

y al poco tiempo revistó Boemundo un ejército igual á los ya numerosos de Raimundo de Tolosa y de Godofredo de Bullon.

Entre los príncipes que entraron á formar parte de su acompañamiento, estaba el famoso Tancredo, no primo de Boemundo, como tantas veces se ha dicho, sino sobrino (1). La tradición y la poesía hicieron de este cruzado el tipo mas sublime de la caballería noble y piadosa. Esto es solamente exacto mientras Tancredo llevó á su mas alto grado de expresión la idea bélico-religiosa de aquella época. Las dudas religiosas y los sentimientos de angustia por sus pecados le asediaron largo tiempo, y la lucha contra el islamismo se presentó á su mente como la reconciliación con Dios sobre la tierra. Pero al lado de esto fué un verdadero normando, astuto y avaro, abrasado por la ambición y lleno de impetuosidad en la batalla. Diferenciábase de Boemundo principalmente en que carecía por completo de talento militar y tampoco era diplomático. Su interés se dirigía únicamente á las obras de caballería: ir en busca de las mas peligrosas aventuras, y conquistar la gloria de héroe invencible; tal era el blanco de sus mas ardientes deseos. Por sí solo no tenía mucha importancia; pero bajo la dirección de Boemundo era el mas acabado instrumento para cooperar á la fundación de un reino normando en el Oriente.

Como resultado de todo esto, en el otoño de 1096, poderosas masas se hallaban preparadas para la campaña contra los seldyucidas. El papa Urbano anunció entonces al emperador Alejo, que estaban en marcha nada menos que 300,000 cruzados, para libertar el territorio «en que estuvieron Sus Piés.» Estos peregrinos se diferenciaban esencialmente de sus desgraciados predecesores, los campesinos y vagabundos de Pedro de Amiens. Al ejército caballeresco no le faltaron armas, provisiones, ni ejercicios militares; hasta tenía idea cabal de las inmensas dificultades del problema que se quería resolver. Por el contrario, en lo concerniente al mando supremo la cuestión se presentó muy mal, y como consecuencia, también en lo relativo á la organización del ejército



Guerreros de fines del siglo XI. Fragmento de un cuadro en pergamino

cruzado. Ningun monarca se encontraba entre los peregrinos á quien los demás debiesen obedecer, y el Papa, en lugar de cooperar á la empresa como jefe, encargó de esta misión á su legado (2). Adhemar de Monteil entró en negociaciones

(1) Véase Hagenmeyer, Ekkehardi Hierosolymita, pág. 326.

(2) En la carta dirigida á Alejo designaba Urbano al Legado como *dux belli*.

con algunos príncipes, y les designó á Constantinopla como punto de reunion, desde donde debían avanzar unidos, pero apenas se cuidó de los preparativos, etapas de marcha y plan de campaña; pues no ejercía una jefatura suprema propiamente tal. Entre estos cruzados no había por consiguiente ni jefe superior ni sub-jefe, rigurosamente hablando. Cada uno se armó con entera independencia y comenzó la cruzada cómo, cuando y en el sentido que mejor le pareció. Solo la necesidad del mutuo apoyo hizo que los particulares se reuniesen por grupos, en lo cual naturalmente los pequeños iban en seguimiento de los grandes. Así se formaron con facilidad y rapidez fuertes ejércitos; pero su consistencia, que descansaba en la libre subordinación de los guerreros á los jefes que ellos mismos elegían, cambiaba con frecuencia: pues se pasaban del ejército de un príncipe al de otro, y algunas veces hacían su camino en completa independencia. Por consiguiente esta masa heterogénea, en realidad, estaba únicamente unida y se conservaba en esta union merced al interés comun, esto es: merced á la ardiente pasión que todos sentían, de vencer á los seldyucidas, de alcanzar la felicidad completa, de adquirir dinero y bienes, ciudades y territorios

#### LOS CRUZADOS EN EL IMPERIO GRIEGO

Cuando el emperador Alejo recibió la noticia, de que este poderoso ejército iba á combatir al islamismo, vió un porvenir tan lleno de esperanzas como de peligros. Los cruzados querían en efecto librarle hasta de sus mas débiles enemigos;



Caballero de la primera cruzada (De un manuscrito del Museo Británico).

pero al realizar esta empresa, podía fácilmente suceder, que ocasionaran al imperio bizantino mas graves perjuicios que á los seldyucidas. Alejo había pedido en efecto el auxilio de Occidente, pero naturalmente sin sospechar que el papa Urbano hubiera podido poner sobre las armas tan gigantesco ejército. A estos centenares de miles de hombres se les podía pronosticar confiadamente la victoria sobre los seldyucidas, pero tan decisiva al mismo tiempo, que de seguro podía preverse que no entregarían á los bizantinos, sino que conservarían para sí, las ciudades y territorios conquistadas con su sangre. ¿Debia Alejo sufrir esto? ¿podía permitir, que el Asia Menor, la próxima ciudad de Nicea sobre todo, cayese en poder de los cruzados? Si para su imperio, enfrente de los seldyucidas, había sido antes una cuestión de vida ó muerte el lograr establecerse de una manera sólida en el suelo asiático, á la sazón el caso era mucho mas serio. Ya en una ocasion le habían puesto en gravísimo aprieto los normandos italianos. ¿Qué iba á suceder, si la nobleza occidental fundaba un poderoso Estado en el Asia Menor, y si al presente rompía sobre Constantinopla un ataque simultáneo por ambos lados, por Nicea y por Palermo?

Estas son las consideraciones, que hay que tener en cuenta para poder juzgar de la política bizantina del porvenir. Háse dicho con frecuencia, que Alejo debería haberse echado en brazos de los cruzados incondicionalmente ó que hubiera

hecho mejor manteniéndose apartado en lo posible de todo contacto con aquellos prepotentes héroes extranjeros (1); pero ninguna de estas dos ideas es lógica. El emperador en todo caso, en la amistad ó en la enemistad, debió habérselas con ellos de tal manera que quedase asegurado para su imperio el necesario redondeamiento en el Asia.

Sea como quiera, había bastantes dificultades que vencer en este asunto, porque el modo de ser de los bizantinos y el de los cruzados no se armonizaban entre sí en muchos é importantes puntos. Por una parte estaba la administración política heredada de la antigüedad y severamente regulada, que había sido restaurada con gran trabajo por Alejo en medio de las amargas necesidades de los tiempos, y por otra la licencia caballeresca en su mas alto grado de desarrollo; acá los restos de una cultura superior, precisamente á la sazón nuevamente vivificada; allá en general la primitiva barbarie; de un lado la Iglesia griega, por la cual velaba celoso el emperador, porque el clero debía ayudarle mas que nadie en la regeneración del Estado, y de otro no solo la Iglesia latina con su antagonismo á la griega, sino también la tendencia hostil á todos los que profesasen distintas creencias. Sin embargo de todo esto, no cabía duda de que necesitaba luchar con todas las fuerzas, á fin de hacer las mas necesarias conquistas asiáticas en union de los cruzados y con su auxilio. Al mismo tiempo podía esperarse buen resultado, si, como las circunstancias estaban indicando, toda la masa de los peregrinos, despues de servir á los planes bizantinos, continuaba su marcha á regiones lejanas donde no podía causar perjuicio al imperio. La mayoría de los guerreros occidentales deseaban únicamente libertar á Jerusalen, que estaba muy lejos; y aun cuando muchos príncipes y caballeros codiciosos de los bienes terrenales tuviesen puestas sus miras en otra clase de conquistas, podría salirse del paso, dándoles en premio aquellos territorios que Alejo no pudiese reclamar para sí mismo. En este punto se presentó muy pronto la posibilidad de un acuerdo estable y ventajoso para las dos partes; pues el perspicaz Boemundo, el antiguo adversario de los bizantinos, no renovó á la sazón, como al principio se temía, las antiguas hostilidades, sino que aspiró á la paz y amistad, en la recta inteligencia de que él y el emperador tendrían pronto intereses comunes. Hacia mucho tiempo, tal vez durante los preparativos de la cruzada en Italia, ó en todo caso poco despues, que había dirigido su atención á un territorio determinado, en el cual deseaba establecer un nuevo Estado normando, es decir, en la rica Antioquia y en el territorio que la rodeaba por el Norte de Siria. Si Alejo no hubiese puesto obstáculos á su proyecto, se hubiesen arreglado las cosas sin grandes dificultades, de tal modo, que los bizantinos hubieran recuperado el Asia Menor, cosa que necesitaban ante todo, y los cruzados hubiesen satisfecho sus deseos terrenales y supra-terrenales en la Siria.

Sin embargo, la política del emperador no entró por este camino, y lo mismo para aquellos días que para toda la época de las cruzadas fué decididamente fatal que Alejo no quisiese dar oídos á esta partición del tan esperado botín. Al contrario, ocurrióle la extraviada idea de unirse con los cruzados, no precisamente en provecho de ambas partes, sino para servirse malamente de ellos como de instrumentos suyos. Lo que ellos conquistarán, á cualquier distancia que fuese, quería que volviera á su poder, porque todos los territorios hasta los límites del Iran (Persia) y Arabia habían pertenecido en otro tiempo al imperio bizantino; y para hacer comprender bien á los peregrinos esta exigencia, determinó servirse de

(1) Esta es la opinión de Sybel: «Historia de la primera Cruzada,» pág. 311 y siguientes.